
Capítulo XIV.

Un crimen y un castigo.

(Episodio.)

Elvira de Pantoja se habia quedado huérfana en el albor de su infancia.

Su padre, que desempeñaba un oficio de los más importantes en la corte del monarca anterior á doña Isabel, don Enrique su hermano, se habia casado en segundas nupcias con una jóven que llevaba cinco ó seis años á su hija.

Elvira se vió poco ménos que abandonada al cuidado de un aya.

Esta mujer era una solterona de cuarenta años, que habia sido virtuosa por necesidad.

Era bastante fea.

En su soledad con la niña, despertó en su alma gran horror á los hombres.

Cuando Elvira llegó á los quince años, su madrastra tenia veintiuno, y comenzó á envidiar la peregrina hermosura de la niña.

Los triunfos que alcanzaba en las justas Elvira, inspiraron á su madrastra el deseo de castigarla, y obtuvo de su esposo que la llevase á un convento, procurando, por debajo de cuerda, que la catequizasen para que abandonara el mundo por el claustro.

Pero era ya tarde.

La dueña Quintañoña habia despertado en su imaginacion ideas que se avenian muy mal con la apacible calma de la vida monástica, y en el convento lo que consiguió fué que la superiora llamase un dia á su padre y le obligase á que la sacara de allí.

Elvira habia comprendido el objeto que habia impulsado á su madrastra á alejarla del mundo, y concibió hácia ella un ódio implacable.

La casa del oficial del rey era teatro de escenas lamentables entre las dos mujeres que en ella habitaban.

Unidos por vínculos estrechos Pantoja y el padre de Iñigo, la belleza y el rico dote de Elvira incitaron á este á desear su mano para su hijo, y como ya he indicado, las bodas se concertaron entre ambos padres.

Elvira aceptó las proposiciones que le hizo el suyo, porque Iñigo la habia fascinado, y al mismo tiempo porque unida á él abandonaria su casa, saldría de la aborrecida tutela de su madrastra, y com-

pitiendo con ella, podria eclipsar sus triunfos y humillarla.

Bien se comprende que al ver desbaratados sus planes, al tener que renunciar á sus ilusiones, su desesperacion fué inmensa.

No era ya tanto el deseo de salir del poder de su madrastra el que le incitaba á vengarse, como lo era el haber sido despreciada por Iñigo.

Cuando llegaron á Córdoba:

—No serán felices mucho tiempo,—se dijo.

Y de acuerdo con su dueña, concibió el plan de turbar la felicidad de los dos esposos.

Un capitan vascongado la vió una tarde en la orilla del Guadalquivir, y tan prendado quedó de su belleza, que aun á riesgo de pasar por indiscreto y de dar motivo al noble padre de la jóven para que interpusiese su influencia en contra suya, siguió la litera que la condujo á su casa, y acechó la ocasion de volver á verla y de manifestarle con sus miradas cuán grande era el amor que habia despertado en su alma.

Elvira le dió á entender que le habia comprendido, y que no le disgustaba el galanteo de que era objeto.

Don Fermin de Goizneta procuró abordar á la dueña para interesarla en sus amores, y no tardó en ablandar su corazon.

Pero sus esperanzas sufrieron un terrible golpe.

Llamado á Castilla para servir á su rey, no tuvo más remedio que abandonar la ciudad de Córdoba.

la ciudad

Elvira, con su padre, pasó algun tiempo en Salamanca, y durante este tiempo Iñigo y Clara colmaron su felicidad con el precioso fruto de su amor.

Nació Beatriz para ser embeleso de sus padres.

Esta noticia aumentó el ódio que Elvira les profesaba.

El rey trasladó su córte á Córdoba un año despues, y como siempre sucedia, le acompañó Pantoja.

Al poco tiempo quiso la buena suerte del capitan Goizneta que encontrase de nuevo á Elvira.

Aquella vez logró por medio de la dueña hablarla por la reja de su jardin, y se consideró dichoso, porque la jóven premió su amor.

Su felicidad debia ser muy breve; Elvira le habia engañado.

Pero el noble capitan vascongado podia servirle de instrumento para sus manévolos fines.

Fingió que correspondia á su efecto, y para convencerle más y más de que estaba resuelta á ser su esposa, aunque su padre se negara á bendecir su amor con el capitan, dejó pasar un mes antes de llevar á cabo su proyecto.

Por medio de su dueña supo que Clara habia tenido muy enferma á su hija, y habia ofecido á la Virgen que si la salvaba y la volvía á su amor, ampararía á todas las madres que se encontraran en su caso y sin recursos de ninguna especie.

Próxima á la puerta del Rincon, habia una tosca choza, que más que habitacion de personas honradas, parecia una madriguera de malhechores.

En ella vivía más de la caridad que de otra cosa, una pobre mujer con un niño.

Su marido había sido cautivado por los moros de Argel, y mientras sufría las persecuciones de los enemigos de su religion, su esposa sufría las torturas de la miseria.

Elvira hizo llegar á oídos de Clara la historia de aquella desgraciada familia, y al mismo tiempo mandó á su escudero Lainez, padre del que en la riña con Martin Carrasco había sucumbido, á buscar á la pobre mujer para decirle que si quería ser socorrida, podría dirigirse á la esposa de don Diego Enriquez de Córdoba.

Fué la infeliz á implorar sus auxilios, y se vió socorrida.

Clara gozó muchísimo haciendo aquella obra de caridad.

Dos dias despues, el escudero, cómplice entusiasta de Elvira, la llevó nuevos socorros, diciendo á la infeliz madre que se los enviaba doña Clara, razon por la cual la pobre mujer dejó pasar muchos dias sin volver á verla.

Todo salió á medida de los deseos de Elvira.

El capitan la amaba con loco frenesí, pero sabia que su union era imposible, porque la jóven le había dicho que acatando la voluntad de la reina, deseaba entrar en un convento.

No tenia más recurso que emplear medidas violentas.

Elvira logró que una gitana fuese al encuentro

de Iñigo y emplease los medios que le surgiera su ingenio para decirle la buena ventura y despertar en él los celos.

La gitana lo hizo así.

—Cuando veais que alguna de estas noches sale con su escudero vuestra esposa,—le dijo,—seguidla y acaso la librareis de un peligro.

El momento designado para la venganza de Elvira llegó.

Doña Clara recibió una tarde, á la caída del sol, un recado de la pobre mujer á quien había socorrido, que la llamaba, porque su hijo se moría.

Comprendió su dolor, y accediendo á las insinuaciones de la persona que fué á hablarla, Lainez mandó preparar su litera, y acompañada de su escudero, se dirigió á la choza donde vivían aquellos dos seres tan desgraciados.

Elvira, accediendo á los ruegos del capitan, le pidió que fuese aquella misma noche á la choza, prometiéndole que iría en una litera, aunque encubierta, y resuelta á huir con él.

Al efecto, le mandó prepararlo todo para el rapto.

Iñigo, que había dado más crédito del que merecían á las predicciones de la gitana, siguió furtivamente á su esposa, y vió llegar un encubierto casi al mismo tiempo que ella.

Desde luego se encolerizó al ver que á muy corta distancia de la choza aguardaba un criado con dos caballos ensillados para viaje.

Temiéndose á sí mismo, se detuvo para reflexionar qué partido debería tomar.

No bien habia entrado su esposa en la choza, cuando vió salir de ella un hombre, que habló con los criados de doña Clara, y estos acto continuo se alejaron.

El hombre era Lainez, el pérfido escudero.

Apenas habian trascurrido cinco minutos, cuando vió á otro hombre embozado acercarse al palafrenero que tenia de las riendas los caballos, y separarse de él para entrar en la choza.

Su imaginacion le hizo suponer lo que pasaba.

—No hay duda, ese hombre es un infame seductor; ha tendido un lazo á mi esposa, y todo lo tiene preparado para huir con ella. Pero les juro por mi nombre que no realizarán su criminal proyecto.

Y ardiendo en ira, sacó la daga que pendia de su tahali, entró en la choza, y á la siniestra luz de una tea de resina, vió á su esposa que salia precipitadamente.

Verla y clavar el puñal en su pecho, gritando al mismo tiempo: «Este es el castigo de las mujeres adúlteras,» fué obra de un minuto.

Al grito que lanzó doña Clara al caer exámine en tierra, se adelantó el embozado, que no era otro que don Fermin Goizneta, y sacando la espada para defenderla de aquel hombre, á quien no conocia, no tardó en ver que se cruzó con el suyo el acero de su contrario.

La lucha fué encarnizada, y era horrible ver á

aquellos dos hombres, el uno con el furor de los celos, el otro pugnando per defenderse, llenándose de denuestos, profiriendo terribles improprios, y atacándose con formidable furia.

El capitan cayó atravesado de parte á parte, y don Iñigo se quedó solo en el campo de desolacion.

El palafrenero huyó.

La pobre mujer que vivia en la casa, y que era inocente de toda aquella trama, huyó tambien despa- vorida, llevando en sus brazos á su hijo, temerosa á cada instante de que la Santa Hermandad se apoderase de ella y le hiciese pagar cara una complicidad que no tenia.

Don Iñigo satisfecho de su venganza, porque se creia verdaderamente ofendido, quedó herido de muerte al ver que en un instante habia perdido toda su felicidad.

Inmediatamente corrió al Alcazar, pidió al monarca que le recibiese, y cayendo á sus plantas, confesó su delito.

Todas las apariencias demostraban que su esposa habia sido culpable, y que el capitan Goizneta era su seductor.

Iñigo, comprendido y disculpado por su rey y señor, fué sin embargo, desterrado algun tiempo de la córte.

No deseaba otra cosa.

Tan profundamente herido estaba su corazon, que á no haber sido por aquella inciente niña, que le que-

daba como un recuerdo de su felicidad y de su desventura, hubiera buscado la muerte.

Se retiró con la pobre Beatriz, que antes de pronunciar el nombre de su madre la perdía, y pasaron para él diez años en el dolor más profundo.

Elvira estaba satisfecha: se había vengado. Su alegría desapareció ante la voz de su conciencia.

Atroces fueron los remordimientos que se apoderaron de su alma, y para calmar la agitación febril que le devoraba, accediendo á los deseos de su padre, quiso profesar en un convento. Pero la conciencia la acompañó hasta la santa casa de Dios, y recordándole su crimen:

—Tú no eres digna de obtener la suprema gracia de ser esposa de Cristo,—le decía.—Tu pecado es inmenso, tu castigo debe ser tan grande como tu pecado.

El sueño se alojó de sus ojos.

A todas horas se le aparecía la sombra de doña Clara y del capitán asesinado por su culpa, y veía con horror la sangre que manaba de su herida.

El exceso del dolor trastornó sus sentidos, y cayó en una imbecilidad terrible, viviendo en este estado algunos años.

Quería llorar y no podía.

Sus ojos se habían secado como su corazón.

Sus padecimientos eran tantos, que al fin y al cabo cayó en el lecho herida de muerte, y sólo algunos días antes de espirar pudo recobrar los sentidos para arrepentirse de su pasado.

La honra de doña Clara estaba manchada.

La calumniada esposa debía alcanzar la corona del martirio.

Elvira pidió con instancia á su confesor que fuera á verla Iñigo.

Al mismo tiempo anunció que quería hacer una declaración todo lo más pública posible, para no llevar á la tumba manchada su conciencia.

Dos días después, Iñigo delante de ella, y en presencia de otras muchas personas á quienes por orden suya se había convocado, oyó la triste revelación de Elvira.

La virtud de Clara resplandeció á sus ojos: pero el crimen que había cometido le horrorizó.

La emoción que produjo en su alma aquella tardía confesión, aumentó su desdicha.

Inocente su esposa y muerta á sus manos, sólo reuniéndose con ella podía encontrar consuelo.

Necesitaba reparar una falta, dejar eterna memoria de su crimen y de la inmaculada virtud de su adorada compañera, y sobre las ruinas de aquella choza que había recogido el último suspiro de Clara, erigió una torre para que perpetuase la memoria de aquel fatal suceso.

El vulgo comenzó á llamarla la *Torre de la Muerta*, y este siniestro nombre le ha conservado para nosotros la tradición con la dolorosa historia que encierra.

Iñigo, en las luchas civiles que estallaron por entonces, se declaró partidario de doña Isabel; pe-

ro pocos servicios fueron los que pudo prestarle.

Su hija Beatriz tenia diez y ocho años, y sintiendo Iñigo que su vida se acababa, pidió á la excelsa reina á quien reconocia como su soberana, que admitiese en su servidumbre á Beatriz y fuese para ella al mismo tiempo reina y madre.

Isabel la amparó, y desde entonces no se separó la jóven de su lado.

La pobre niña, que llevaba en su corazon la historia de su desgraciada madre, vió bajar al sepulcro poco tiempo despues á su desventurado padre, y estas dos impresiones dolorosas formaron su corazon.

A su mayor edad habia entrado en posesion de los bienes de sus padres; pero habia cerrado su corazon al amor.

Servir á su reina, exhalar sus melancólicas y dulces cántigas al sonido del arpa, hacer el bien en torno suyo: hé aquí sus únicas venturas.

Todo esto, en otros términos, contó Martin Carrasco á Colon, lo confirmaron los circunstantes, añadiendo rasgos que completaban el carácter de la hermosa Beatriz.

El relato duró largo tiempo, y era ya muy entrada la noche, cuando presentándose Beltran, el paje de doña Beatriz, dijo á Colon en nombre de su ama:

—Mi señora os suplica que vayais mañana á verla al Alcázar. Yo vendré á buscaros para conducirlos hasta su presencia.

Colon, el gran hombre que llevaba en su mente el pensamiento del Nuevo Mundo, el que tantos desen-

gaños habia sufrido, el que tantas lágrimas habia derramado, ébrio de alegría ante aquella promesa, entusiasmado por lo que habia oido referir, aguardó con impaciencia que llegase el nuevo dia.

Pero no aguardó solo; le acompañaban las más dulces iusiones.